

la sabiduría, cuya voz debe guiarnos en todas las cosas, hace los estudios florecientes? ¿No es ella la que atrae sobre todos los hombres que la cultivan la gloria, los honores y las dignidades? No es en fin la que ofrece á sus amigos el amparo mas seguro y la proteccion mas poderosa? ¿No deben á la palabra muchos hombres tan débiles y miserables en mil cosas, la superioridad mas excelsa y visible sobre el bruto? ¿Cuan bello es por tanto ver elevarse al hombre sobre el hombre, por el mismo privilegio insigne que le ha colocado sobre todos los animales! (*)

¿Que autoridad mas respetable y esclarecida pudiera encontrarse para condenar el furor de aquellos que manchan los puros atributos de la elocuencia, empleando en corromper el corazon los talentos preciosos que solo pertenecen á la virtud; y para acallar las voces de esos espíritus frios, que mas bien guiados por el orgullo de la ciencia, que sostenidos por el zelo de la verdad, quieren proscribir el arte de hacer á una y otra encantadoras y amables, y sobre todo reinas absolutas del corazon humano? Esto es lo que han hecho constantemente los hombres insignes á quienes aclama justamente la posteridad primeros luminaires de la elocuencia en la historia del espíritu humano. (**)

(*) Cic. de Invent. lib. 1.º cap. 4.º

(**) Num igitur negabitur deformem Pyrrhi pacem cæcus ille Appius dicendi viribus diremisse? Aut non divina M. Tullii eloquentia, et contra leges agrarias popularis fuit? et Catilinæ fregit audaciam? et supplicationes qui maximus honor victoribus bello ducibus datur, in toga meruit? Non perterritos militum animos frequenter è metu revocat orator? et tot pugnandi pericula ineuntibus, laudem vita potiore esse persuadet? Neque vero me lacedæmonii, aut athenienses magis moverint, quam populus romanus apud quem summa semper oratoribus dignitas fuit. Equidem, nec urbium conditores reor aliter effecturos fuisse, ut

He aquí lo que respondemos á la tercera clase de adversarios que proscriben el estudio de la elocuencia y de la poesía.

¿Cuántas razones de utilidad no debia ofrecer por lo mismo el establecimiento de esta cátedra en el Seminario de Michoacan? No hay una circunstancia de la vida pública, en que no sea del mayor interes el uso de la palabra; ninguna época extraña ni á los atractivos de la poesía, ni á la accion poderosa de la elocuencia, ni á los documentos ilustres de la historia, ni á un sistema racional de principios para facilitar el estudio de las ciencias. Nuestros seminarios se hallan en el caso de promover estos estudios, por que son los reservatorios de la juventud, donde estan puestos á la vez los ojos de la Iglesia y las esperanzas del Estado. Eclesiásticos por su institucion, son el todo para nosotros. En Europa hay establecimientos para cada uno de los ramos; entre nosotros un seminario es por lo general el único establecimiento de todas las clases cultas; y tanto el clérigo, como el médico y jurisconsulto deben á estas casas todo el sistema de sus conocimientos comunes, y el primero y el tercero la totalidad de su ciencia.

Pero sin salir de la institucion conciliar: ¿no es propiamente hablando un colegio eclesiástico el verdadero centro de la elocuencia? El foro casi ya no tiene que persuadir, sino que convencer: la ilustracion de las asambleas legislativas haria ridicula hasta cierto punto una oracion apasionada y ve-

vaga illa multitudo coiret in populos, nisi docta voce commota: nec legum repertoies, sine summa vi orandi consecutos ut se ipsi homines ad servitutem juris astringerent. Quin ipsa vita præcepta, etiamsi natura sunt honesta, plus tamen ad formandas mentes valent, quoties pulchritudinem rerum claritas orationis illuminat. Quare, etiamsi in utramque partem valent arma facundiæ, non tamen est æquum, id haberi malum, quo benè uti licet. QUINT. IBID.

XXIV.

hemente. El púlpito cristiano ha venido á remplazar las antiguas juntas populares; y la mision evangélica, consagrando con el nombre de Dios el uso de la palabra, aseguró tambien un reynado perpetuo á la elocuencia religiosa. Jesucristo puso el trueno en la boca de sus ministros y el rayo en sus manos, para hacer estremecer el vicio, palpar la conciencia, y confundir, y exterminar los ejemplos de una prosperidad culpable. La elocuencia del púlpito, incomparable en elevacion y superioridad con la elocuencia profana, es hoy la que debe llevar este nombre por excelencia y la que por lo mismo debe tener su asiento y recibir sus homenajes en estos planteles de educacion cristiana.

Todos los que se consagran al ministerio de los altares, deben estar siempre dispuestos á vindicar la religion de los ataques obstinados de la incredulidad, á enriquecer el entendimiento de los fieles distribuyendo entre todos la santa doctrina, y á enderezar y corregir las costumbres, conduciendo á los hombres á su fin por el camino del arrepentimiento. ¿Que no ha menester el hombre para llenar dignamente unas funciones tan importantes y tan augustas? ¿Le bastarán los conocimientos que reciba en la enseñanza puramente didáctica? ¿Será igual el fruto, siendo desiguales los medios? No pensaba de esta manera el Sr. Benedicto XIV, que atento al verdadero fin que tienen los seminarios, estableció en el de Bononia una cátedra de elocuencia, sin la cual era imposible disponer competentemente á la juventud para las altas y difíciles funciones del sacerdocio. Es muy glorioso para nosotros que uno de los mas sábios Pontífices nos haya dado un ejemplo tan laudable; y que nosotros podamos servirnos aquí de sus mismas palabras para convencer á ciertos hombres, que sin discernimiento ni crítica, desechan indistintamente cuanto puede merecer á sus ojos el nombre de nuevo. „Grande será nuestro cuidado y diligencia en que se llenen cada uno de estos objetos; (dice, hablan-

XXV.

do en general de todos los ramos de enseñanza) mas puesto que parece una cosa nueva este sistema de estudios en nuestro Seminario, hacemos presente á todos, que no solamente habrá en él peritísimos maestros que enseñen la gramática y las ciencias; sino tambien un excelente profesor de elocuencia, la cual es del todo necesaria á los eclesiásticos para que hablen al pueblo, explanen la disciplina de la ley, y desempeñen con exactitud otras varias funciones. El mismo Dios ha empleado muchas veces el ornato del estilo en las sagradas letras, como lo prueba Mabillon. „A la verdad, dice, cuanta delicadeza no se encuentra en las meditaciones sagradas de los poetas divinos! ¡que gracia en las alocuciones!, ¡que variedad tan grande de tropos y figuras! ¿Quien no admira en los Profetas la concision y energia de los apotegmas morales, las imágenes vivas de la virtud y del vicio y el peso de las reprensiones y amenazas? (*).

Desde el principio del cristianismo ha teni-

(*) *Nos profecto singulis magnam curam, ut fiant, ac diligentiam impendemus. Sed quoniam novum aliquid videtur, et inusitatum haec pro nostro seminario studiorum institutio, notum omnibus facimus, non futuros modo peritissimos viros, qui grammaticam, et humaniores litteras edoceant, sed excellentem quoque eloquentiae professorem, quae necessariae prorsus ecclesiasticis habetur, ut clerici verba ad populum faciant, christianae legis disciplinam explanent, aliisque rité muneribus perfungantur. Deus ipse in sacris litteris sermonis ornamenta saepius adhibuit, uti comprobatur Mabillonius: Caeterum quantum acuminis in sacris divinatorum vatum meditationibus adest? Quanta in elocutionibus gratia! Quanta troporum ac figurarum varietas! ¿Quis non miretur in moralium libris brevitatem, et apophthegmatum energiam; in prophetis virtutis, ac vitii expressas ad vivum imagines. et ob-jurgationum, minarumque pondera? BENED. XIV. INSTIT. ECCL. INSTIT LIX NUM. 14.*

XXVI.

do la Iglesia errores que combatir y extravíos que llorar. Apenas brotaban á su presencia pueblos enteros que seguian el estandarte de la Cruz, veia levantarse los trofeos de la incredulidad que se revelaba contra sus dogmas. No bien habia pronunciado el himno de gracias por los nuevos hijos que le nacia, cuando tenia que esforzar su voz contra los perseguidores de la creencia. Del centro de un reynado pacífico empezó á levantarse aquella anarquia religiosa peor que las persecuciones declaradas, durante la cual todas las opiniones engendraban sectas, y en que los hereges forzaban á la Iglesia santa, bañada todavia con la sangre de los mártires, á echar menos con sentimiento inexplicable la hacha de sus antiguos verdugos. Las pasiones desenfrenadas cuyos primeros conatos se dirijen á sufocar la voz de la conciencia, y á extraviar la marcha de la razon, han mantenido siempre una lucha tremenda contra la sana doctrina y poblado el mundo de escuelas corruptoras, de falsos sábios y filósofos corrompidos. Ya desde entonces era por lo mismo necesario unir el génio de la ciencia al talento de escribir: necesidad preciosa que nos ha producido los Clementes, los Ireneos, los Justinos, los Orígenes y Tertulianos, los Minucios, Arnobios y Lactancios, y tantos y tantos controversistas insignes, apologistas eminentes, luminares de la Iglesia católica y depositos de la sabiduria cristiana. Nos haríamos interminables, si repasando detenidamente todas las épocas de la Iglesia, emprendiesemos la grata y laboriosa tarea de pintar á los incrédulos y á los apologistas para gloria de la elocuencia didáctica. Dejando, pues, aparte á los Ambrosios y Agustinos, y sin remover para nada el siglo de Bossuet; basta fijar los ojos en la época á que pertenecemos, esta época de errores y de crímenes, esta época de indiferencia y letargo, en que la incredulidad parece dormir un sueño profundo, no mas que para minar de una manera mas insensible los funda-

XXVII

mentos de la religion: esta época en que los escritos de Bayle, de Rousseau, de Diderot, Holbach y toda la inmensa familia que reunia bajo sus alas el patriarca de Fareney estan produciendo sus funestos resultados. Raras veces se dirigen á la razon, y no pudiendo hablar sino á estímulos de mil afectos depravados, abandonan la via del convencimiento y tratan de insinuarse en la voluntad por el camino de la imaginacion.

Abandonado ya el ataque parcial que distinguia á los primeros hereges, desairada y aun zaherida la dialectica con que ellos atacaban, la impiedad hoy no está ya relegada á solo algunos libros conocidos de pocos lectores, sino estendida prodigiosamente por todo el mundo civilizado: las falsas doctrinas no llevan ya en sí mismas el antidoto de un lenguaje científico y una argumentacion escolástica; sino que se presentan, como observa Frayssinous, bajo mil formas las mas atractivas y á propósito para andar en todas las clases de la sociedad, desde la capital opulenta hasta la cabaña ignorada. No solo se ha puesto en práctica cuanto el raciocinio tiene de mas sutil, sino cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesia, cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la naturaleza, de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de ingenioso y alhagüeño el cuento y la novela." (*)

¿Qué armas oponer á estas armas? ¿Marcharémos á la edad media para cubrirnos con la egida de las sùmulas? recontarémos las categorías? lanzarémos contra el enemigo el rayo del entimema, del silogismo y de todas las formas escolásticas? Nuestros libros por cierto no tendrían un solo instante de vida. Una exposicion árida, una discucion pesada, un estilo rigurosamente didáctico, no son el contrapeso que debe oponerse á tan astutos adversarios. Es preciso combatirlos con sus

(*) *Defensa del Cristianismo. Introduccion.*

XXVIII

propias armas, mostrarles en la religion la fuente de lo grande, de lo sublime, de lo bello, el verdadero manantial del genio, el origen de las concepciones mas profundas, la escuela de Rafael y de Miguel Angel, la gloria del Tasso, el depósito de esas gracias inimitables que admiramos en Corneille y Racine, de esos éxtasis divinos en que nos sumerge la sublime inspiracion de Juan Bautista Rousseau y los dulces y gratos enagenamientos de La Martine. ¡No nos complacemos en escuchar la voz de la religion en el silencio de las ruinas, hallar la paz del alma en el centro de un retiro monástico, y ver á todos los siglos acarreado cada uno mil tributos de admiracion y gratitud á este culto de la humanidad y del entendimiento, que ha poblado el universo de academias de liceos y de institutos, y hecho brotar en el desierto los árboles protectores que liberalmente dispensan los frutos deliciosos y nutritivos de la virtud y de la ciencia.

¿Cuando se agotaría la elocuencia didáctica empleada constantemente en referir y exaltar los prodigios de nuestro culto y su influjo poderoso en el bienestar del género humano? Los templos del paganismo que no parecian descollar en el territorio de Atenas y de Roma sino para ofrecer al hombre como un vil conjunto de grandeza y de infamia; se desplomaron á los primeros acentos de los apóstoles: levantóse sobre sus ruinas el templo del verdadero Dios; el hombre reconquistó su grandeza primitiva y empezó á brillar sobre su frente aquel rayo celeste que anunciaba la dignidad excelsa de su estirpe. Su vista que antes encontraba los Dioses en la falda de una pequeña colina, ve reflejarse por toda la naturaleza la imágen de la verdadera divinidad, la sorprende á cada paso en la belleza del mudo físico, y la encuentra esculpida en el corazon del hombre justo y anunciada por todas partes en las grandes y benéficas virtudes con que arrebató nuestro acatamiento y nuestros homenajes la parte sana y el cuadro perfecto del mundo mo-

XXIX.

ral. He aqui lo que ha inmortalizado la pluma de Chateaubriand, y lo que hará perdurables los nombres de Pascal, Fenelon, Bergier, Luis Racine, Bossuet, La Mennais, y de todos los modernos apolo-gistas. He aqui el aguijon y el modelo para la juventud eclesiástica en los trabajos de la contro-versia; y un nuevo y poderoso argumento para sostener el cultivo de la bella literatura en los seminarios conciliares.

Hablando de la oratoria, la naturaleza misma de las cosas, el triste estado de nuestra civilizacion y la depravacion general de las costumbres, levantan muy altamente la voz para reclamarla. „Si tuviésemos nosotros, observa San Juan Crisóstomo, asi como los apóstoles, el don de los milagros, tal vez pudiéramos pasar sin todos los socorros del arte de bien decir. Un ciego á quien un predicador volviese repentinamente la vista, un muerto que resucitara en medio de su auditorio, seria, yo lo confieso, un exordio magnífico en extremo, y muy capaz de suplir á todos los movimientos de la Retórica: sin embargo, continua el elocuente Patriarca, aun en éste caso no habría motivo suficiente para ver con desprecio los resortes de la palabra, puesto que el mismo San Pablo no llegaba á desdeñarlos: testigos de esto pueden ser los homenajes que á su elocuencia, y no á sus milagros, rindieron los pueblos de Lycaonia.”

(*) La religion cristiana tiene un carácter que la distingue eminentemente sobre todo, el carácter de su doctrina. Tan antigua como la eternidad, es tambien de todos los siglos, se adapta á todas las vicisitudes de la vida, y constantemente nos descubre nuevos motivos de admiracion: las ciencias la deben sus progresos, su perfeccion las artes, la elocuencia el mas alto grado de su poder, la poesia, su eterna primavera y su perpetua virginidad.

(*) Citado por Guillon en el Discurso preliminar á la Biblioteca de los Padres de la Iglesia.

XXX.

¿No le consagrará el hombre los homenajes de sus potencias y la flor de sus conocimientos mas exquisitos? ¿Dejarémos para los asuntos profanos la pureza de la dición, la soltura de los giros, la melodiosa combinacion de los periodos, la viveza de las pinturas, la exactitud de las descripciones, las gracias del colorido, la magnificencia y hermosura de las imágenes; y consagraremos á las verdades augustas los desechos, por explicarme así de nuestro propio talento? ¿Que, un lenguaje inculto, una frase incorrecta, un estilo desaliñado, un tono perezoso &c. &c. son los atavios que corresponden á la palabra divina? Las bellas artes parecen excederse á sí mismas cuando levantan al verdadero Dios los monumentos del ingenio: la arquitectura habla muy vivamente al sentimiento y á la imaginacion en la capital del universo cristiano: la pintura nos arrebató el homenaje de un trasporte sublime al aspecto de la *Transfiguracion*: la música en fin, temerosa de perder sus atractivos en el siglo, donde fastidia tan pronto como seduce, ha venido á buscar en el Santuario un asilo contra la inconstancia de los hombres; y haciendo resonar las bóvedas augustas con el hosana de la gratitud, los acentos del dolor, ó los clamores del arrepentimiento, prolonga nuestros éxtasis y nos convida á la virtud con cierta especie de prueba de felicidad.

A la vista de tantas producciones eminentes en que se admiran á la vez la elocuencia mas animada y el zelo mas fervoroso, comprendemos facilmente, no que Dios ha desechado los adornos del estilo, sino que consagrándolos para sí, ha querido elevar la imaginacion á una esfera que parecia inaccesible, y la sensibilidad á los afectos mas nobles y generosos, á los objetos mas caros, á los consuelos mas puros y á las esperanzas de una inmortalidad feliz. ¡Admirable poder de la elocuencia! La carrera del tiempo que rae de la superficie de la tierra los monumentos de la gran-

XXXI.

deza humana, nada puede contra las memorias del zelo apostólico; y todavia nos penetra de respeto y de amor el *elogio de los Patriarcas*, nos llama con fuerza á la virtud *los libros de la virginidad*; y excita la admiracion de la posteridad el santo vencedor de Firme y Fortunado.

El siglo de Luis XIV, aquel siglo de religion y de gloria, parece haberse perpetuado hasta nosotros, si no por la conservacion de la fé en toda su pureza, á lo menos por los escritos inmortales de tantos hombres que sostenian las costumbres desde el sόlio hasta la choza. ¿Por ventura la muerte de aquellos oradores ha trascendido á sus discursos? ¡Ah! nuestro corazon palpita todavia, nuestros cabellos se erizan, nuestra conciencia se alarma, el temor y la esperanza se despiertan con una fuerza terrible, y el arrepentimiento, este precursor de la gloria, asoma de tiempo en tiempo su frente humillada y marchita, cuando escuchamos la lectura de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon y del amabilísimo Arzobispo de Cambray. ¿Y por que tantos otros Ministros, que como ellos dirigian al pueblo la palabra, no corrieron la misma suerte? ¿No tenian abierto tambien delante de sus ojos el divino libro donde Jesucristo nos dejó sus ejemplos, sus milagros y su doctrina? ¿no habian recibido como ellos el pleno poder de predicar á toda criatura? ¿no se les habia franqueado el corazon del hombre en el tribunal de la reconciliacion? ¿Por qué, pues, no recogieron tanto fruto? ¿por qué no han llegado hasta nosotros? y si han llegado en efecto, ¿por qué no dominan lo mismo nuestro corazon? porque los unos contaban con los talentos necesarios para hacer fructificar copiosísimamente la sabiduria de la cruz, y los otros no habian recibido unos dones tan altos: los unos multiplicaron sus talentos, ejercitándolos mas y mas en el estudio de los buenos principios; y los otros descuidaron tal vez de todos los recursos del arte: los unos creyeron que la auteridad, la gra-

XXXII.

eis, la doctrina y todos los beneficios espirituales que habian recibido de Jesucristo, estaban exigiendo una consagracion absoluta, una exquisita solicitud para santificar el arte y la naturaleza; y escrupularon tanto sobre este punto, que creian no haber hecho nada mientras faltase algo que hacer. He aqui la razon por qué sus obras producen todavia tan admirables trasformaciones, por qué todavia corren nuestras lágrimas, y por qué nuestras facultades todas quedan satisfechas hasta la plenitud á tiempo de egercitarse en unas producciones tan insignes. Bourdaloue habla; y la razon le abandona la mas dulce victoria: Bossuet pinta; y bajo su pincel desaparece el oro de las coronas, la frescura de los laureles guerreros, y todas las imágenes encantadas del siglo: Massillon truena; y el vicio salva despavorido los atrios del Santuario, y la virtud halla un trono en el corazon, y el arrepentimiento multiplica, en el silencio profundo de la conciencia, los Publicanos, las Magdalenas y los Agustinos. He aqui, Señores, lo que espera la religion de sus Ministros, y lo que exige de aquellos que estan á la cabeza de los futuros eclesiásticos; y he aqui las consideraciones poderosas que determinaron al Illmo. Señor Don Juan Cayetano Portugal á establecer aqui la cátedra de elocuencia. A ejemplo del Sr. Benedicto, ha creído siempre que no basta la enseñanza didáctica para sacar todo el provecho de la palabra divina; que los talentos oratorios necesitan de cultivarse, y que este cultivo indispensable consiste, no solo en traducir medianamente el latin, tartamudear algunos silogismos y aprender un compendio de moral; sino en elevarse hasta los principios de las ciencias, tomarlos en las fuentes purísimas de las Santas Escrituras, repasar á la luz de la historia todos esos acontecimientos memorables, todas esas vicisitudes tremendas y todos esos triunfos gloriosos que llenan los anales de la Iglesia; en adquirir un sano criterio para sacar una inmensa copia de

XXXIII.

doctrina en el estudio del hombre moral; y finalmente en poseer y dominar la lengua propia, no solo como un fiel intérprete del raciocinio, sino como el espejo claro de una rica imaginacion y el órgano de los grandes sentimientos. ¡Ojala y que viviendo en un pais tan culto como el que gobernaba el Señor Benedicto, tuviera la satisfaccion de anunciar que habia escogido excelentes profesores! Pero reducido á la mayor indigencia, no ha hecho mas que buscar instrumentos de propagacion á sus planes grandiosos; y comunicar su amor á la juventud y su entusiasmo por el progreso de las ciencias á cierto número de jóvenes, que trabajan á par de sus discipulos, y han tenido que estudiar juntamente con ellos los nuevos ramos que han venido á establecerse. Sin embargo, lo que se ha hecho hasta aqui, muy pequeño en sí mismo considerada la perfectibilidad y estension del arte, ha sido mucho, atendida la carencia absoluta en que nos hallabamos de semejantes estudios. Pero calificar con exactitud el valor de nuestros trabajos no nos pertenece á nosotros. Deteniéndonos, pues, dentro de los límites que nos prescribe nuestro deber, darémos una idéa del método que se ha seguido en esta cátedra, esperando con tranquilidad el fallo respetable y decisivo de la opinion.

SEGUNDA PARTE.

Apenas hay uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la